



LO MÍO CON GEORGE
BY PILS

nonperfect.com

Lo mío con George.

PARTE I

“Para Mariona. Soñar es gratis, querida amiga”

Primeras 24 horas.

Lo que pasó aquella fría tarde de enero, es difícil de describir. Los geólogos, los físicos, los astrónomos, los sismólogos, la NASA...Los profesionales en catástrofes naturales no se explican cómo ocurrió ni cómo conseguimos sobrevivir.

La explosión de la estrella *Betelgeuse*, provocó una pérdida de masa que se convirtió en un asteroide con trayectoria directa hacia la tierra. El impacto del objeto planetario de esa monstruosa magnitud, hizo que la corteza terrestre se resquebrajara. Ya se sabía, por los estudios realizados, que eso podía pasar pero ningún científico del mundo, había previsto que la tierra se partiera en dos.

Como una naranja. Dos mitades perfectas, siguiendo el Meridiano de Greenwich como una línea de recortable, que se mantenían unidas por unos kilómetros de corteza que seguía solidificada.

La tierra, tenía el aspecto de una de esas bocas saltarinas que funcionan a cuerda y que suelen vender en las tiendas de bromas y objetos para fiestas. Pero siempre con la boca abierta...

La zanja (* *The Big Trench* (BT la llamaría el mundo)) tenía más de 1.500 kilómetros de profundidad contrastados.

Mi historia empieza ese día. El Día de La Catástrofe ... No me encontraba en una zona especialmente cercana a *The Big Trench*, pero, como en casi todos los países de Europa, hubo efectos colaterales...

Era habitual que me desplazara a la pequeña ciudad de Brescia, cerca de Milán, para realizar catas de nuevos productos de mi proveedor italiano. Antes del desastre, yo era la propietaria de una tienda de *delicatessen* que se había expandido gracias a la venta *on line*. El secreto del éxito estaba en la selección de artesanos pequeños, que producían exquisiteces, casi como si fueran ediciones limitadas. Justamente, había realizado una cata de *burrata* y había descubierto una especialmente deliciosa...

Recuerdo que iba en el taxi, ya de camino al aeropuerto, muy satisfecha con mi visita. Había localizado la mejor *burrata* fresca del país y una *grappa* añeja que quitaba el sentido... Entonces, sentí una vibración y un estruendo aterrador. El taxi frenó en seco y un coche que nos seguía, impactó por la parte trasera.

Contrariada por el incidente, salí del taxi y me quedé atónita al observar, a mi derecha y peligrosamente cerca del vehículo, una gran grieta en la tierra, humeante y aun moviéndose, al ritmo de unos crujidos aterradores.

El ocupante del taxi que nos había embestido, se dirigía hacia nosotros, con temple airado hasta que llegó a la zona de la grieta y se quedó mudo de la impresión.

Yo tampoco podía emitir sonido alguno. Una gran zanja se abría ante mis pies y, a mi lado, a mi lado, boquiabierto, estaba George.

Sí, ese famoso George.

Ese.

Uno de mis mitos. Mi ideal de hombre (por lo menos, en cuanto al físico). Ese George. *Mal momento*, pensé. *Con la zanja de por medio, no hay tiempo de ejercer de “fan”*.

Me dirigí al taxista, en italiano, apremiándolo a sacar el coche de allí. El hombre, me respondió que él no movía su coche y que tampoco lo iba a dejar allí. Esperaría a los *carabinieri*.

Mi móvil no tenía señal. Estaba absolutamente muerto.

Pregunté a los presentes (incluido a George) si sus teléfonos funcionaban (tenía la esperanza que una estrella de Hollywood llevara un móvil mega-ultra-supersónico que se comunicara vía satélite) pero...no. A nadie le funcionaba el teléfono, ni la *tablet*, ni el GPS...

La grieta rugió y volví a insistir al señor taxista. La prioridad era irse bien lejos, pero, el milanés tozudo insistió en quedarse allí. Al ladito de la grieta. En ese instante, decidí que, si aquel hombre quería morir, yo no y que me alejaría lo máximo posible del agujero. Y de George. En ese momento, la verdad, me importaba un pito George.

El hombre sacó mi pequeña maleta del coche, le pagué y me puse a caminar para alejarme de la grieta y alcanzar una casa pequeña, a pie de la autovía, que parecía haber salido indemne de la catástrofe.

Otro estruendo me sobrecogió. La grieta parecía estar asentándose y se oía un borboteo extraño. Una lectora fiel a *Stephen King* sabe reconocer las señales y si de algo estaba segura es que aquello era un desastre natural muy, muy gordo...Y extraño.

Apresuré el paso.

Me pareció oír voces a mi espalda. Seguro que el taxista me increpaba para que volviera. La carrera era hasta el aeropuerto y aún quedaba más de la mitad del recorrido...Si es que aún existía el aeropuerto...

Me giré y vi a George, avanzando con grandes zancadas hacia mí. Agradecí mis pesadas clases de inglés porque lo entendí a la perfección.

Se presentó (innecesario pero cortés) y me dijo que me acompañaba hasta la casa. Quería acceder a un teléfono (como yo) ... Continuamos avanzando por la maltrecha carretera llena de grietas y socavones y entonces, oímos un rugido que nos obligó a taparnos los oídos. De la zanja, un extraño vapor empezó a emerger.

Los dos taxis y sus conductores, habían desaparecido. Nos miramos y sin decir palabra, los dos supimos que estaban descendiendo agujero abajo. Hasta el infinito y más allá. El pánico se apoderó de nosotros y empezamos a correr hacia la pequeña edificación que parecía nuestra única salvación mientras aquel vapor asfixiante avanzaba hacia nosotros.

En la carrera, dejé mi pequeña maleta. No renuncié a la bandolera “digital” en la que llevaba mi *iPad*, mi portátil, una cámara de fotos, las tarjetas SD y todos los cargadores. George hizo lo mismo y aunque corría mucho más rápido que yo, se paraba a esperarme, tomaba mi mano y tiraba de ella para animarme a seguir. No me hacía falta mucha motivación. Tenía claro que, si el vapor me alcanzaba, me iba a freír. Oía el *shhhh* y el *fushhh* de lo que se iba derritiendo a su paso.

Como en el clímax de una peli de acción, de esas que tanto le gustaban protagonizar a George, conseguimos abrir la puerta de la casa y cerrarla, antes que el aire denso nos atrapara.

Sin tiempo de reacción, George abría todas las puertas mientras me gritaba que buscara la zona de la casa más estanca. Sin haber oído jamás esa palabra, supe que quería protegerse de las posibles fugas de vapor por las rendijas, por debajo de las puertas y ventanas. Encontramos una bodega, pequeña y lóbrega pero perfectamente acondicionada y con aspecto de estar muy aislada. Nos encerramos allí...

Me saqué mi bolso y aspiré grandes bocanadas de aquel aire viciado. Necesitaba regular mi respiración y calmar mi corazón agitado. Mientras lo hacía, repasé los acontecimientos en una especie de vídeo histérico y reparé que, en aquella casa de puertas abiertas, no habíamos visto a nadie.

George se recuperaba igual que yo, pero su respiración era más calmada. Había que admitir que estaba en forma, aunque le parecía adivinar una barriguita pronunciada debajo del polo oscuro que llevaba.

Transcurridos unos minutos, fuimos capaces de sentarnos en la gran mesa de madera que ocupaba el centro de la bodega y accionar la luz. Había unas velas y cerillas...

Observé a mi alrededor: había vinos de todas las clases, varias clases de *parmeggiano* y colgado del techo, una pieza de jamón de Parma. En la zona más cercana a la mesa, un fregadero con una pica y un grifo. ¡Agua! Me acerqué y lo intenté abrir. No salía nada. El actor se levantó de la silla e intentó accionar el grifo, pero, al final, se dio por vencido.

Me señaló las botellas de vino y, por primera vez desde el incidente de la grieta, reconocí esa sonrisa perfecta que lo había hecho famoso.

La verdad es que me quemaba la garganta y tenía sed, así que acepté la botella que había abierto George para mí y di un trago a un lambrusco rosado caliente que, en otras circunstancias no te digo que no, pero en ese momento me pareció asqueroso. Tras hidratarnos, comentamos la jugada.

¿Qué había pasado? ¿Cómo se podía haber rajado la tierra? ¿Sólo había ocurrido en esa zona? (Italia se había visto asolada por dos grandes terremotos en los últimos años) ¿Qué era ese vapor? ¿Y aquellos ruidos espantosos?

Las preguntas se acumulaban y el esfuerzo era aún mayor, ya que nos teníamos que entender al nivel de mi inglés, con frases en italiano (George tenía una casa en la zona y chapurreaba el idioma). Lo peor, era que en la bodega parecíamos estar protegidos del vapor, pero ¿Cuánto tiempo aguantaríamos allí? ¿Cuándo podríamos salir?

Intenté conectar todos mis artilugios tecnológicos, pero todo parecía haberse muerto...tecnológicamente. Cuando creí que no se podía empeorar más la situación, oímos un gran *crashhh* y la luz se apagó. Encendimos las velas.

Estuve bastante entera hasta que me di cuenta que mi vejiga estaba a punto de explotar, entonces, sin poder contenerme, empecé a llorar como una colegiala.

George me intentó consolar, averiguando qué me pasaba y cuando al fin me comprendió (mi inglés y los sollozos no eran una buena combinación para decirle que me estaba haciendo pis), me tomó de los hombros, cogió la vela y me llevó hasta un pequeño lavabo que yo no había visto y que él había descubierto mientras yo intentaba conectarme con el 4G. Mi alegría fue tan inmensa que lo abracé, mientras repetía *thank you, thank you, thank you*. Me dio la vela y entré en el aseo.

Lo primero que hice fue vaciarme. Mi cuerpo había almacenado una cantidad increíble de líquido...Supongo que fue el susto...Estuve un buen rato, allí, sentada, dejando que aquello fluyera hasta la más mísera última gota. Mi estado de nervios era tal que incluso me olvidé de la regla de oro en baño ajeno (de desconocidos) que es “*No te apoyes en la taza. Haz equilibrios*”.

Me daba igual...

Recuerdo que recité unas palabras de agradecimiento a los propietarios por haber pensado en poner un lavabito en la zona de la bodega. Ya más calmada, fui a lavarme las manos, pero no había agua.

La cisterna había funcionado, pero me di cuenta que, seguramente, había vaciado la última carga. Recordé que tenía toallitas desinfectantes en mi bolso y me tranquilicé. Acerqué la vela al espejo del baño y me asusté al verme reflejada. Mi pelo se había disparado en todas las direcciones. Los rizos indomables, ahora ya estaban en plena revolución.

Mi rostro, tiznado de negro, dejaba entrever unos ojos rojos, llorosos y vidriosos. Me daban miedo a mí misma...

Oí unos golpes en la puerta. George me preguntaba si me encontraba bien. Me di cuenta que lo había dejado a oscuras, en la bodega, y salí apresuradamente.

Sentados en la mesa de aquella sala húmeda y lúgubre, fuimos conscientes de la magnitud de lo que había pasado. Por lo menos, eso creíamos...No teníamos información del exterior, pero habíamos visto con nuestros propios ojos aquella gran grieta, enorme y rugiente, como había succionado a los pobres taxistas y, también, el efecto desintegrador (en modo freidora) de aquel extraño vapor o gas o lo que fuera que emergía del...fondo de la tierra.

No teníamos una explicación. No sabíamos cómo actuar. El objetivo principal era salir de allí. A partir de ahí, buscar un teléfono o señal de algo y encontrar a más gente... También contábamos con el efecto "VIP" de George, que por ser quien era, podía conseguir más fácilmente los recursos para volver a casa.

Sólo en esos momentos, en los que se hacía evidente su condición de estrella del cine americano (y mundial), yo era consciente que estaba con George. Ese George...

El resto del tiempo, lo que hacía era estar aterrada ante la posibilidad de que los efluvios del exterior nos acabaran cociendo al vapor.

Sí, con George, pero cocida al dente...

George se levantó y con la tenue luz de las velas, se dedicó a examinar la bodega. Estaba bien diseñada, excavada en la roca que se asentaba en los cimientos de la casa y sin ninguna ventana ni ventanuco que dejaran pasar la luz exterior. La puerta, se alzaba a unos tres metros del suelo y se llegaba a ella por una robusta escalera de madera.

Además de la gran mesa que ocupaba el centro de la estancia, sólo había un pequeño mostrador de trabajo de cocina, con un fregadero y estantes en los que se veían latas de tomate, atún, guindillas y otras conservas y el lavabo pequeño, que yo ya había visitado. Un par de velas y nada más...

Decidimos no encenderlas todas a la vez. No sabíamos cuando podríamos salir de allí y yo no tenía idea de cuánto tiempo puede sobrevivir un ser humano con vino, tomates secos y queso... Eso, no sale en las novelas del King...

George resultó ser un tipo muy agradable y resuelto además de muy, muy guapo, pero como todo hijo de vecino estaba igual de desconcertado (y aterrorizado) que yo. En el exterior, se sucedían aquellos extraños rugidos, crujidos y chirridos.

Un ligero temblor intermitente, hacía tintinear las botellas de vino y, de vez en cuando, se oía aquel “fushhh” de algo, grande, que se cuece, hierve y se evapora... Realmente, era para estar acojonado.

Fue su turno de usar el lavabo y oí su maldición cuando se dio cuenta que no iba el agua de la cisterna. Al salir, le ofrecí una de mis toallitas desinfectantes mientras él me informaba que ya no había agua en el circuito de la casa.

Hablamos un poco, aunque fui yo la que le expliqué a lo que me dedicaba y dónde vivía. Él me dijo que estaba en la zona porque había vendido su casa del lago. Lo esperaban en Nueva York, al día siguiente, para una entrega de premios de una causa benéfica. *¿Qué habría pasado en La Gran Manzana?* Nos preguntamos al unísono. *¿Y en Barcelona?* continúe yo. *¿Por dónde habría impactado la grieta?* *¿Y los océanos?* *¿O sólo estaba localizada en Italia?...*

Las preguntas eran muchas y la sensación de impotencia y desconexión estaban empezando a asfixiarnos. George abrió una latita de tomates, pero yo no probé ni uno, tenía el estómago cerrado así que me acomodé en dos sillas, utilizando mi bandolera de lona, ya vacía, como una improvisada almohada. Crucé las piernas, los brazos y finalmente, cerré los ojos.

Los horrendos ruidos seguían sucediéndose en el exterior y, a unos centímetros de mí, oía como George deglutía los *pomodori*...

Me intenté relajar. Habría que esperar que lo que pasaba allí fuera, se calmara. Por lo menos el “*fushhh*” del vapor...

Supongo que lo dije en voz alta (¿y en inglés?) porque George me dijo que estaba de acuerdo y que apagaría la vela para no malgastar luz. Él también iba a intentar relajarse o dormir. Recuerdo que en ese momento pensé: “*Si me duermo, es posible que ronque. Y si ronco, lo estoy haciendo en la cara de George. Ese George. Horror*” aunque no me dio tiempo de más. A los pocos minutos, un nuevo sonido se sumó al que provenía de la grieta. El actor, roncaba a un nivel de decibelios considerable... Vale.

Fue el silencio lo que nos despertó. Un silencio tan silencioso que resultaba atronador. No se oía nada. Nada de nada. Ni el “*fushhh*”.

Miré mi reloj y vi que habían pasado apenas cuatro horas. Encendimos la vela de nuevo y George subió las escaleras para apoyar el oído en la puerta de roble. Me miró y me dijo que era muy gruesa. Maldije las sólidas construcciones de antaño y el buen asilamiento de la bodega, aunque, tal vez, eso era lo que nos había salvado. En el momento de tener ese pensamiento, se me hizo difícil digerir que aquello no era un sueño, ni una peli...No. Aquello, estaba pasando...De verdad.

Había que tomar una decisión: salir o esperar. Mi yo más prudente me aconsejaba esperar un poco más.

Cuatro horas era poco tiempo para la magnitud del desastre que habían visto mis ojos, pero... también era necesario conectar con el exterior para que nos vinieran a sacar de allí. Era básico.

Nos decidimos por una opción intermedia: esperaríamos un par de horas más y si no había cambio en la sonoridad exterior, nos aventuraríamos al interior de la casa. ¡Qué miedo pase, por Dios!

Durante ese tiempo, bebimos vino y comimos *parmeggiano*. Conversamos y Especulamos sobre lo que habría pasado en el mundo de ahí fuera y, en un par de ocasiones, nos reímos con las ocurrencias de George.

A partir de esas dos horas, lo empecé a tratar de forma distinta. Se me hicieron evidentes sus arrugas alrededor de los ojos y el rostro cansado. Supongo que fue el instante en el que el mito cae y ocupa su papel, el de “ser humano normal” ... Súmale la siguiente visita al WC que hasta yo percibí... Pues eso, humano.

Cuando estuvimos ante la puerta, dispuestos a salir, se respiró uno de esos momentos de tensión que, según como estés de salud, te puede llevar directamente al infarto.

No fue como en las películas, en las que el galán se vuelve hacia la chica, le dice que le ha encantado haberla conocido y le da un gran y profundo beso. Despúes, le dice que primero saldrá él y que, si ella ve algo raro, cierre la puerta inmediatamente.

No, no fue así.

Mi experiencia fue ...vertiginosa. Los dos ante la puerta. El silencio.

George, ese George, que me miró y me preguntó *¿Estás lista?*

Yo dije que no y me puse a lloriquear como una niña: *¡No, no, no!*

Estaba aterrada pensando que me podía desintegrar en segundos. Le agarré del brazo, apartándolo del pomo de la puerta, pero él se soltó y me gritó: *¡Vamos!* Y...abrió.

Tras unos segundos de desconcierto en los que los dos respiramos un aire extrañamente caliente y de olor nauseabundo, comprobamos que no nos habíamos freído de inmediato. Seguíamos intactos, dispuestos a subir las escaleras que daban acceso a lo que me había parecido una cocina de estilo toscano, en mi carrera de huida de aquel extraño vapor. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? ¿Ocho horas?

Sudábamos profusamente y yo sólo oía el latido de mi corazón que retumbaba en mis oídos y me impedía escuchar a George que creo que iba diciendo algo durante el trayecto. Ni idea. Estaba bloqueada. Llegamos a la puerta de la cocina y tras volver a inspirar y a encomendarme a los Dioses (todos y de todas las religiones), entramos en la estancia. Obviando el calor y el aroma repugnante que parecía cubrirlo todo, no había nada extraño allí. Nos acercamos a las ventanas, temerosos, y vimos una imagen desoladora que hizo que emitiera un grito ronco y casi me cayera al suelo. Me flaquearon las rodillas. George ni se percató, sólo miraba más allá de los ventanales...

No había ni una mota de la hierba que cubría los arcenes de la carretera que ahora estaba cubierta por un extraño polvo de color naranja. Los árboles habían desaparecido. El panorama simulaba un gran desierto de un ocre muy intenso.

De la tierra, emanaban vapores y gases, cosa que se hacía más profusa en la zona de la grieta que casi no se veía, camuflada entre aquella sustancia naranja...

Alejándose y desplazándose hacia el norte, se podía ver una gran nube de un color rojo oscuro, de aspecto amenazador mientras que el cielo estaba completamente oscuro y denso. Miré el reloj y vi que eran las 6:45 am...

Aún había tiempo de que el día clareara y viéramos la luz del sol.

¡Qué Desastre! ¡Dios mío! ... Empezamos a probar todos los aparatos susceptibles de permitirnos la comunicación con el exterior. Yo estaba conmocionada y visiblemente acojonada. George, parecía más entero.

Había luz, gracias a unos generadores auxiliares que se habían conectado de forma automática. No había línea de teléfono fija, ni móvil. No funcionaba la televisión, ni la radio, ni la conexión a Internet de los ordenadores que disponíamos. Encontré el *router* y lo reseteé, pero, en apariencia, no recibía señal de ningún tipo.

Esta vez, nos sentamos en la mesa de la cocina y curioseamos a nuestro alrededor. Localicé la cafetera espresso y vi que los inquilinos tenían leche condensada en uno de los estantes, y sin pensarlo, preparé un café al hombre-anuncio del café por antonomasia que, sin las capsulitas, se encontraba perdido.

Más confortados por el brebaje, analizamos nuestra situación y las posibilidades de salir de allí. Lo primero, sería salir al exterior y comprobar todo el perímetro por si había más casas y más gente en nuestra situación. Era lo más lógico.

El instinto nos hizo prepararnos para nuestra “expedición” cubriéndonos con chubasqueros y gorras y pañuelos rodeando nuestra boca para evitar respirar el aire desconocido que se pretendía fuera. Lo encontramos todo en el recibidor de la casa, que pudimos adivinar pertenecía a una pareja.

Las tallas eran enormes, pero nos permitieron enfundarnos de arriba abajo en capas de ropa protectoras.

La experiencia fue aterradora. No sólo hacía más calor y más asfixia... Los vapores emitían aromas que casi te dejaban sin sentido. Salimos al porche de entrada, rodeado de una baranda que recorría todo el perímetro de la casa. La fuimos siguiendo, observando un paisaje desolado de polvo y dunas de ese color naranja que parecía fosforescente. No se veían carreteras, ni casas, ni vegetación...No había nada. Nada más. Inexplicablemente, sólo aquella vieja casona, se mantenía indemne, encima de una colina suave que parecía haber evitado el desastre. Otra explicación no era posible.

Derrotados, volvimos al interior de la casa, totalmente empapados en nuestro propio sudor y cubierta la ropa de esa sustancia anaranjada. La dejamos en la terraza exterior, por si aquello era... No sabíamos lo que era.

La siguiente decisión fue: esperar. Esperar a tener señal telefónica, o ADSL. Esperar a escuchar algún coche, tanque, helicóptero, avioneta o avión de reconocimiento. Algún ser humano rescatando a otros seres humanos, vamos... Esperar.

Tomar la decisión, nos tranquilizó un poco. Exploramos la casa y comprobamos que había agua caliente así que nos duchamos por turnos, utilizando un jabón de naranja amarga que había en el baño.

Curioseé en el armario de la anfitriona (prometo que pensé que la retribuiría por todo lo que estaba utilizando) y encontré un amplio pantalón de punto de algodón gris jaspeado y una camiseta, muy suave, blanca y de manga larga. Me lo puse y me miré en el espejo. Pensé que me esperaba George, ese George, y que yo iba a hacer acto de presencia con un chándal, el pelo mojado y un poco de crema hidratante en la cara, pero un vistazo por la ventana del dormitorio me hizo olvidar mis temores... ¡Había sucedido una gran Catástrofe! Era posible que estuviéramos a punto de morir por los gases o esa cosa naranja y, lo peor, no sabíamos lo que había pasado en el resto del planeta... Pensé en mi familia, en mis amigos...

Entre en la cocina totalmente abatida y, ni siquiera, la visión de un George recién duchado y con unos pantalones de pijama de cordoncito, sueltos y una camiseta del Milán FC, me sacaron de mi estado de profunda tristeza...y miedo.

Esperar es una tarea difícil. Y esperar sin saber lo que esperas, más. Pasó el día y no pasó nada. Sí, hablamos mucho (George es un gran conversador), intentamos jugar al póker (yo no me concentraba) y probamos a comer algo, pero nuestros estómagos se negaban a colaborar. Nunca salió el sol y el cielo se mostró gris acero y muy oscuro de forma constante.

Llegó la noche del primer día y, aún con el miedo en el cuerpo, decidimos dormir en el salón, en los amplios sofás que presidían la zona del televisor. Lo dejamos puesto en el canal nº 1 (suele ser el Nacional en todos los países) por si aparecía alguna imagen o algún mensaje especial.

La niebla gris de la tele nos acompañó toda la noche sin que nada sucediera...

Primera Semana

El segundo día nos encontrábamos más cómodos en la casa y pactamos unas rutinas.

Además de comprobar, cada hora, todas las conexiones comunicativas, debíamos hacer turnos de guardia para ver si pasaba algo nuevo en el exterior. Nos repartimos, también, la elaboración de las comidas y las cenas y empezamos a funcionar como un equipo sincronizado.

Sentados en la mesa, dando cuenta del surtido de pasta y embutidos que habíamos encontrado en la despensa, seguimos hablando y conociéndonos un poco mejor. Admito que George, ya me caía bien desde el principio, pero conocerlo más me hizo afianzar más ese sentimiento. Era un tipo de convivencia fácil, optimista y dispuesto a colaborar. Alguna vez, se le notaba que era una persona acostumbrada a tenerlo todo y a ser admirada (hasta el babeo) pero, enseguida se adaptaba a su nueva situación y volvía ser asequible.

Estaba en el infierno y...conmigo.

No os he hablado de mí. Me llamo Mariona. ¡Hola! A George, todo el mundo lo conoce, pero yo soy...invisible. Tengo 41 años y vivo en Barcelona. Estoy divorciada hace ya más de seis y no tengo hijos. No me dio tiempo...

Desde mi separación, trabajo por mi cuenta en una empresa de venta *on line* y me he especializado en productos de Gourmet Italianos.

Hablo italiano e inglés y me encanta viajar. Me encanta *Stephen King* y creo que leerlo todos estos años, me preparó mejor para la gran “Catástrofe” ...

Mi divorcio me dejó en una holgada situación económica, incluyendo una preciosa casa de playa en un pueblecito de la Costa Brava.

Cuando ocurrió “La Catástrofe” estaba saliendo con un abogado, amigo desde hacía muchos años, con el que había pasado de sexo casual a una relación que empezaba a consolidarse...No es que yo sea *una bomba de mujer*, pero a mi edad me conservaba (y conservo) muy bien, con un cuerpo tonificado y un rostro agradable y ...me sé sacar partido. Por qué negarlo...

Mi mayor atractivo, por eso, son unos ojos de un extraño color *marrón glacé*, con motitas doradas, que dejan bastante impactadas a mis víctimas, si los utilizo a mi favor...Y, la verdad, eso es necesario a la hora de negociar con mis proveedores italianos.

Mi mejor cualidad es mi sentido del humor, a veces un poco inglés, a veces un poco duro, pero que conseguía hacer reír al que estuviera conmigo de una forma, vamos a llamarla, “eficiente”.

Si me tuviera que poner una etiqueta, diría que soy normal. Súper-normal. Como muchos millones de normales... Así que la realidad del pobre George, era que estaba atrapado en *no sabía qué*, con una mujer...normal.

Me compadecí de él. Podía haberse quedado aislado con una de esas italianas de bandera o con su novia actual, si lo hubiera acompañado al viaje, pero, no.

Ahí estaba yo, Mariona ... ¡Qué fuerte!

El tercer día discurrió sin novedades, pero, George, sí, ese George, me dijo antes de irnos a dormir al sofá del salón: “*Eres una buena compañera de Catástrofes. Me alegra de estar contigo*”.

Inmediatamente, se puso a roncar, pero yo no pude evitar dormirme con una sonrisita en los labios.

La televisión nos despertó. Emitían un boletín de noticias que parecía provenir de Gran Bretaña. El ciclo de mensajes se repetía de forma continua. Supimos del impacto de un meteorito contra la tierra.

La había partido en dos, siguiendo la línea del Meridiano de Greenwich. Inmediatamente después de la colisión, se había producido la dramática separación de la corteza terrestre. El magma del núcleo de la tierra, rebosó e hirviendo, arrasó ciudades.

El calor que había liberado el impacto había provocado la evaporación de mares y océanos a la vez que se originaban tsunamis con olas de centenares de metros de altura. Se habían hundido islas y la tierra estaba siendo azotada por vientos a 300 m/seg de temperaturas de 4000 °C que desintegraban lo que encontraban a su paso. La gran cantidad de polvo generado había ocultado totalmente la luz solar. Se temía que se empezara a derretir el Everest y que el mar, entrara en ebullición.

Mientras los científicos se afanaban por analizar la situación, se pedía a la población superviviente que no saliera de sus casas. A continuación, aparecía una lista de ciudades de todo el mundo, desaparecidas tras el impacto. Respiramos aliviados al ver que tanto Barcelona como Nueva York estaban afectadas, pero no arrasadas...

El mensaje nos dejó absolutamente hundidos, ya que se confirmaba nuestra sospecha de que un gran desastre natural había ocurrido en el planeta. El único consuelo era saber que en nuestras zonas de origen y los nuestros estaban a salvo, o eso creíamos. Estábamos incomunicados. La necesidad de salir de allí se hizo más apremiante...

Pero pasó una semana y seguíamos sin noticias del exterior. La tele estaba encendida continuamente y el boletín no se había actualizado. Seguíamos sin señal...

Nos comportábamos como amigos de toda la vida, conviviendo sin problemas...Bueno, eso no es toda la verdad...Me dieron algunas manías. Me empezaron a molestar unos ruiditos que hacía cuando comíamos. Era un sorbido de nariz, que emitía entre plato y plato. Muy raro.

También teníamos el problema del orden. El tío era limpio, limpísimo. Siempre aseado y oliendo a la colonia *Acqua Di Parma*, que era la que tenía en propietario en el lavabo, pero... Montones de ropa encima de las sillas, en las perchas que había tras las puertas, sobre la cama y el sofá. Lo recogía, sí pero siempre...tardío.

Nunca se acordaba de dónde dejaba las cosas ya que no las volvía a colocar en su sitio...Habíamos perdido horas buscando un sacacorchos, que apareció en el cajón de la mesita del televisor con los mandos.

Supongo que él también tendría una lista de “inconvenientes” de mi personalidad, pero había uno que yo ya había detectado. Resultó que George no tenía ni la más remota idea de informática. Ni a nivel básico de usuario, que era el mío. La cosa es que yo sabía cómo buscar la red de *wi-fi* o cable, resetear el router o arreglar los problemas más comunes de los fallos de conexión a Internet. El “*Panel de Control*” (o el *Finder* del Mac) estaba dominado, vamos.

Me preocupaba que yo fuera la única que podía intentar la comunicación con el exterior - *¿Y si me pasaba algo?* -así que intenté explicarle cómo se hacía. Percibí que se le hacía pesado, que desconectaba de mi explicación y que se irritaba, cuando yo me alargaba más de lo necesario (aunque la diferencia estaba ahí: yo creía que era *necesario*).

Al margen de estos detallitos y otros que hicieron que George, *ese* George, se fuera convirtiendo en el George real, no había nada que impidiera una supervivencia armónica y en paz.

Segunda Semana

En la segunda semana, nos empezó a preocupar la cantidad de comida que quedaba en la despensa. Nunca habíamos barajado la posibilidad de estar allí más de un par de días, después un par más pero nunca más de una semana...

Nos íbamos acercando al décimo día y no había ninguna noticia del exterior. Organizamos todos los víveres en una especie de calendario de “racionamiento” para quince días más.

Nos miramos a los ojos cuando hicimos ese cálculo y pude ver que los dos estábamos igual de atemorizados. Recuerdo que George rompió el dramatismo del momento cuando dijo: “*Eso sí, vino tenemos para un año...*”

Intentó animarme, lo sé, pero el comentario no me hizo ni pizca de gracia.

Y fue en el décimo día cuando...ocurrió.

George estaba haciendo guardia, junto a las ventanas del salón. Yo había preparado una pasta sencilla, con un *sofritito* de ajo y tomate y un poco de albahaca. Me había ido a duchar para poder comer más cómoda. Ya me estaba secando y poniéndome una crema corporal divina (*Bellini* de Venecia) que había descubierto en un armario del vestidor, cuando oí a George gritar. Me pedía que acudiera, con urgencia. Asustada, cogí lo primero que encontré colgado en la percha que fuera lo bastante largo para cubrirme y bajé las escaleras como alma que lleva el diablo.

La nube, roja y oscura como la sangre, avanzaba hacia nosotros. El “*fshhh*” y el “*fushhh*” se oían en la lejanía, provenientes de aquella mole de aire hirviendo.

George me cogió de la mano y me arrastró a la bodega. Accedimos a la puerta a trompicones y cerramos, poniendo toallas y mantas en la parte inferior, para que nada pasara por allí debajo.

En los días posteriores a nuestra salida de la bodega, la habíamos acondicionado por si volvía el gas o lo que fuera aquello que habíamos visto desintegrar a los dos taxis y la carretera. Habíamos bajado dos sillones, grandes y mullidos, por si había que dormir allí.

Además, habíamos conectado un televisor y una radio. Y disponíamos de avituallamiento de emergencia, papel higiénico y varios cubos de agua.

A los pocos minutos, sentimos que la tierra temblaba. Y la casa. Los crujidos se hicieron cada vez más intensos. Los “fshhh” y “fushhhh” parecían alejarse... Se nos hizo eterno, pero duró, apenas un minuto. Cuando esos aterradores sonidos se oían en la lejanía y todo pareció aposentarse, me dio un ataque de lloro histérico que condensaba, en un mismo lloriqueo, todas las lágrimas de miedo que no había derramado en esos últimos días. En ese minuto, volví a sentir el temor de la muerte inminente...

En la oscuridad de la bodega, sentí unos brazos que me rodeaban y un reconocible aroma a *Acqua Di Parma* que, en esos momentos, se me antojó reconfortante (no he dicho que odio esa colonia para hombre). Las manos de George, recorrían mi espalda mientras susurraba palabras de ánimo, de calma. Me besó el cabello, me abrazó, me volvió a besar el cabello y sin saber cómo, me encontré su boca en mi cuello. Los besos en esa zona, siempre me habían provocado ternura, pero no lo consideraba una de mis zonas erógenas. Lo mío era en la nuca, con el cuello expuesto, pero, admito, que un escalofrío me atravesó, de adentro hacia afuera.

Fui consciente de la ropa que llevaba, una simple camisola de hilo blanco, surcada de principio a fin, por muchos botoncitos de nácar.

Se demoró en mi cuello y mis sollozos histéricos se apaciguaron y se convirtieron en suspiros entrecortados. Noté que tiraba de mí y yo me dejaba apretar en un abrazo intenso que me hizo consciente de toda su anatomía frontal. Fue en ese momento cuando algo en mí hizo “clic”.

¿Estaba pasando “eso”? George separó sus labios de mi epidermis, alzó la mirada y se encontró con mis ojos. No sé si hubo una pregunta muda que yo respondí de la misma forma, o mis ojos se lo dijeron todo sin que yo me enterara, pero al instante siguiente, la boca de George, *¡sí!, ese George!*, descendía sobre la mía, la capturaba y la invadía al más puro estilo de Hollywood.

¡Joder! No voy a negar que me gustara muchísimo, pero... mil alarmas se activaron en mi cerebro cuando, sin dejar de asaltar mi boca, empezó a desabotonar, uno a uno, los botones de la camisola. Iba rápido, cómo consumido por una furia extraña que, contra todo pronóstico, me ponía a cien.

He pensado que, si esta historia la contara en “clave de Grey”, podría convertirse en un potencial *best-seller*. Me tienta. Para ello, debería describir, con pelos y señales toda la conducta sexual que se desarrolló *¡encima de la mesa de la cocina de la bodega!* (aunque en una segunda fase, continuó en uno de los sillones.)

Sería fácil, detallar la descarga eléctrica que sentí cuando su mano me acarició el pecho o...

Debo pediros que penséis en el mejor polvo de vuestra vida. En el orgasmo más rico e intenso. Pues...así fue. Exactamente como *ese* que se enmarca en el número uno de vuestro *Top Ten* ...

Sólo hubo un momento en el que fui capaz de volver al mundo de los vivos y fueron esos segundos en los que pensé en...un condón. Pero, George, ese George, sacó de su cartera (que siempre llevaba consigo en un bolsillo del pantalón) un precioso preservativo que acabó con mi débil resistencia.

Fue...magnífico. En tempo, en sensaciones... Creo que se conjuró ese instinto primario del que todos hemos oído hablar: el de la supervivencia. El de nuestra individualidad y el de la especie. Sólo se me ocurre esta explicación transcendental para lo que pasó en la bodega.

Mientras el silencio volvía a nuestro entorno, nuestros cuerpos estaban unidos en una posición incómoda que nos esforzábamos por mantener.

George me acariciaba el pelo y me daba las gracias, mientras yo seguía conmocionada, sin capacidad para expresarme de ninguna forma. Ni el dedo meñique podía mover.

Cuando aquello se hizo insostenible, nos sepáramos.

Me levanté de la mesa, dura como una piedra, avergonzada y sin atreverme a mirar a George. En ese momento, mi cerebro no podía dejar de pensar que ese era ese George. Ese, ese...

Me abotonaba la camisa, arrugada y húmeda, con manos temblorosas deseando que aquellos botones no se acabaran nunca. Otras manos, más grandes y más fuertes, cubrieron las mías. Levanté la vista y vi a George, mirándome con su mítica sonrisa, apartando mis dedos y abrochando, uno a uno, los botones que quedaban. Después, me tomó de la cintura y me dijo que creía que ya era seguro salir de nuestro escondite.

En esta ocasión, mientras me colocaba detrás del actor de Hollywood, preparada para salir al exterior después del paso de la nube roja, no pensé en que podía freírme o desintegrarme.

No tuve miedo.

Mi mente estaba ocupada, rememorando...

De nuevo, recorrimos la casa con la sensación de calor asfixiante y el olor a gas.

Agradecí el sudor y el acaloramiento, porque me permitía disimular el sonrojo que recorría mi cuerpo. Eso, y las sensaciones en mis partes nobles (y zonas erógenas), conferían realidad a lo que había pasado hacia un rato.

Aunque, también, era consciente de la situación de excepcionalidad que estábamos viviendo y, por muy bien que me hubiese sentado aquel polvo peliculero, la visión del exterior desolado, de la despensa y de la tele con la imagen distorsionada, me hicieron desear con todas mis fuerzas que aquella pesadilla se acabara.

George, se me acercó y me abrazó, mientras mirábamos aquel extraño mundo chispeante al otro lado de la ventana. “*Saldremos de esta*”, me dijo. “*Alguien vendrá a buscarnos*”. No sé si aún estaba bajo los efectos del post-coito (salvaje) o que necesitaba una esperanza pero...le creí. ¡Para algo debía servir el estar con una estrella mundial!

A los quince días, nuestro ánimo estaba por los suelos. Nos salía la pasta por las orejas. La exudábamos. El *parmeggiano*, ya, ni olerlo...

Seguíamos intentando mantener nuestras rutinas y, distraernos, también... Y aunque estéis pensando en las formas posibles que tienen dos para divertirse, después del polvo de la bodega, ya no hubo acercamiento íntimo con intercambio de fluidos.

La relación con George se volvió extrañamente romántica. Me acariciaba la mano, me daba un beso en el cuello mientras cocinaba, me ceñía la cintura, me abrazaba, aspiraba el aroma de mi pelo...

Cosas así de dulces, pero sin ninguna intención sexual. Y, por supuesto, seguíamos durmiendo cada uno en nuestra habitación... En esos días, yo ya me había convencido que la “experiencia”, había sido fruto de una catarsis a dúo, provocada por la sensación de muerte inminente y ese instinto primario.

Por un lado, me sentía aliviada. Sin tanta parafernalia trascendental, no tenía sentido pretender ese tipo de interés... ¡Ni que fuera la última mujer de la tierra!

No niego que una mínima fracción de mi autoestima femenina, se sentía claramente ofendida por esa inactividad, pero, cuando me decía a mí misma que estaba en una casa italiana, a 20 km del Aeropuerto de Milán, mientras el mundo se había partido en dos por el Meridiano de Greenwich, aquello se relativizaba al punto cero y dejaba de importarme esa salvedad. El mundo de ahí fuera estaba en ebullición y una gran grieta había dividido el planeta...

Durante esos días, George se aprendió prácticamente toda la música que tenía en el iPad. La cosa tiene su mérito si se tiene en cuenta que llevo desde Estopa a Miguel Bosé.

En la televisión, se actualizó el boletín de últimas noticias y pudimos comprobar cómo se estaban restableciendo las comunicaciones, se reconstruían ciudades y se organizaban partidas de rescate.

La mayoría de imágenes provenían de Nueva York y, aunque la ciudad se veía bajo los efectos del desastre natural, parecía ir recuperándose lentamente. El río Hudson se había evaporado...

Nos llamó mucho la atención que los problemas más graves, recorrieran – exactamente- la ruta del Meridiano de Greenwich. ¿No era una línea imaginaria? ¿No la habíamos creado nosotros, los humanos, para poder unificar medidas y distancias?

¿Y una grieta de miles de kilómetros de profundidad? ¿Más monstruosa que la que habíamos visto en la carretera? *¿The Big Trench?*

La información que recibíamos era parcial, ilógica y casi sobrenatural pero nos mantenía con un hilillo de esperanza... Alguien vendría en nuestra búsqueda (a lo que yo, añadía mentalmente : “*Porque este George es “ese” George.*”)

Tercera Semana

Fue el lunes de la tercera semana cuando recibimos señal telefónica. En una de las rondas de comprobación de las comunicaciones, levanté el auricular de un viejo aparato fijo que había en la cocina y oí el tono, familiar, de la línea telefónica.

El corazón se me aceleró y me invadió una súbita alegría que casi me impidió gritar. Pero, lo hice. Aullé, desaforadamente, que ya teníamos línea con el exterior.

No fue fácil establecer comunicación con los números telefónicos habituales, pero finalmente pudimos contactar con el *Centro de Recogida de Mensajes de Supervivientes*. Hablaban en inglés y se identificaban como una centralita, a nivel mundial. Eran ellos los que diferían las llamadas a los países concretos, tanto a los que quedaban como a los nuevos que habían surgido.

¿Nuevos?

La comunicación se cortó tres veces, pero al cuarto intento, George pudo contactar, explicar quién era (ahí sí que se le notó su condición de estrella mundial) y solicitar un rescate urgente.

Yo creo que cuando George se identificó como “ese “George, hubo un momento de incredulidad con la consiguiente mofa y la típica frase “*Si Ud. es George, yo soy el Rey de Roma* “pero tras una serie de comprobaciones y tiempos de espera, nos dieron la respuesta que esperábamos : *el equipo de rescate ya estaba de camino*.

Durante ese mismo día, recibimos varias llamadas telefónicas y George se aseguró de organizar mi transporte inmediato a Barcelona. Antes de eso, me preguntó si quería ir a Nueva York con él, durante un tiempo, hasta que la situación se normalizara...

Me aseguró que sería lo mejor, que no lo hacía por compromiso, que quería que yo estuviera bien. Me quedé impresionada. Lela.

Pero... Creedme cuando os digo que ni se me pasó por la cabeza, valorar esa posibilidad. Necesitaba, como si fuera oxígeno, volver a casa y abrazar a los míos.

El Meridiano de Greenwich pasaba por España y si era verdad eso de la *Big Trench*, una parte del territorio nacional estaba muy, muy afectado. Tenía miedo, pero más que a la catástrofe en su sentido material, tenía miedo de la situación de mi gente. No me había podido comunicar con nadie...

Nos notificaron que tardarían 24 horas en acceder a la zona. Esa última llamada, marcó la fecha de caducidad de nuestro período de supervivencia conjunta. Por un lado, me sentía eufórica por poder salir de allí y volver a Barcelona. Por otro, era consciente que se acababa lo mío con George, ese George ...

Ese día nos dedicamos a disfrutar de nuestra mutua compañía. Habíamos hablado mucho en las últimas dos semanas y ya conocíamos nuestras preferencias y *tempos*.

Y, por fin, pude ganarle una partida de póker ...

Esa noche, volvió a ocurrir.

No. No apareció ninguna nube de gas tóxico y *Sí*.

Mi sonrisa triunfante cuando mostré las cartas con mi reluciente póker de ases, se me borró al instante cuando sentí la intensidad de la mirada de George sobre mí. El póker encima de la mesa y él, observándome, de una forma tan intensa que me hizo temblar.

Sus manos barrieron las cartas del tapete de juego y tomaron las mías. Su fuerza, arrastrándome por encima de la mesa, acabó con mi rostro a escasos centímetros del suyo. El beso, casi me ahoga... Siguió clavándose esa mirada, con una respiración jadeante que lo ponía en una situación más apremiante que la mía. Yo acababa de *salir* de un póker de ases y me había visto envuelta en un asalto erótico en toda regla... Me adapté rápidamente...

Su cama recibió nuestros cuerpos. Nuestros cuerpos tomaron la cama.

Sí. Es simple. De nuevo, sexo fantástico. ¡Wow! Otra vez, pleno satisfactorio... Mis preguntas sobre por qué no había habido acercamiento tras nuestro primer encuentro, obtuvieron respuesta cuando George, sacó un preservativo de la cartera: Era el último... de dos.

Lo podrías llamar “revolcón” (que lo fue) pero también tuvo su momento emocionante, cuando en el descontrol del orgasmo, la mirada del actor seguía en la mía, sin dejarme escapar, mientras repetía mi nombre...No lo he podido olvidar ...

Fue una noche memorable, llena de gestos, risas y conversaciones. Me alegré de haber conocido a un hombre tan especial y me despedí, de alguna manera, de esos días de extraño confinamiento...

Al día siguiente, los acontecimientos se precipitaron.

A las diez de la mañana, oímos el rugido de los motores de un reactor. Aterrizó a unos metros *de nuestra* casa. De una rampa, que se deslizó en aquel arenal fosforito, emergieron una docena de personas, vistiendo esos típicos trajes de asilamiento, que te dan terror sólo verlos.

Estábamos desayunando, cuando irrumpieron en la cocina, con bolsas y maletines llenos de instrumental. Se sacaron los trajes, mientras los observábamos atónitos, hasta que George reconoció a uno de los componentes del grupo. Se saludaron efusivamente, fundiéndose en un afectuoso abrazo. Más tarde George me explicó que aquel hombre de barriga prominente y pelo canoso, era su Agente y su mejor amigo.

Fue él, el que me hizo sentar en la mesa de la cocina y él que desplegó, ante mí, una cantidad enorme de papeles que debía firmar.

Eran contratos de confidencialidad que no me permitían hablar *en ningún medio, ni por ningún medio* de lo que había acontecido esos días de aislamiento con el *archi-famoso* George y de renuncia a posibles demandas. ¿Demandas? Sí, demandas: por si me había quedado embarazada, o lo acusaba de agresión sexual, o ...Las posibilidades de demanda eran numerosas.

El último fajo de documentos, contenía un contrato privado que me “incentivaba”, con una cantidad económica, por firmar todo lo anterior...Mientras yo me veía abrumada por todo aquello, George estaba fuera de mi órbita. Un séquito lo rodeaba y le hacían todo tipo de pruebas.

Y, entonces, allí sentada, mi vista se dirigió a la ventana y observé aquel panorama desolador y extraño. Oía la voz de la televisión, anunciando las consecuencias de la catástrofe. Vi a George, hablando por teléfono, mientras le extraían sangre para una analítica y un fisioterapeuta espraba su turno para descontracturar a la estrella. Él me miró y sonrió, pero sólo duró unos segundos antes que el *fisio* empezará la sesión.

Comprendí que aquel era un nuevo mundo y que George, pertenecía a otro. Y que tanto el uno como el otro, eran desconocidos para mí. Yo lo que deseaba era volver al mío...

Lo firmé todo y dejé que me hicieran el chequeo médico. Después fui a recoger mis cosas y, mientras estaba en la que había sido mi habitación, buscando mi cargador del Mac, George entró y cerró la puerta tras de sí.

Avanzó unos pasos hasta situarse frente a mí y me tomó de la cintura. Me agradeció la convivencia y me dijo que se alegraba de haber conocido a alguien tan especial como yo. Se ofreció para lo que necesitara, ahora y siempre (lo prometo, textual) y me susurró que nunca olvidaría nuestras dos noches. Me abrazó, de esa forma en la que los abrazos te obligan a la fusión de epidermis y, después, me besó.

Salió de la habitación y ya no lo volví a ver hasta que bajé del avión en el *JFK International Airport*.

La vuelta a casa fue mejor de lo que esperaba. Los daños materiales habían sido considerables pero mis familiares y amigos estaban bien. La población se esforzaba por salir adelante, en un mundo que había cambiado totalmente. Aunque no tanto... El dinero seguía marcando nuestro destino. La única moneda viable en los tiempos *Post Big Trench* era el dólar americano y si tenías de eso, podías vivir. A los siete días de estar en casa, recibí una llamada del Agente de George, confirmándome el ingreso de una sustanciosa cantidad de dólares, que me podía permitir a mí y a los míos, reconstruir nuestras vidas y vivir sin las dificultades económicas que asolaban a medio planeta, a ambos lados de la grieta.

Me sentí mal, al comprobar el saldo de mi cuenta. No me gustaba aquella sensación del “pago por el silencio” pero...no eran tiempos para tener escrúpulos así que, lo acepté.

Silencio. Cuando me preguntaban cómo había sobrevivido, explicaba una historia muy similar a lo ocurrido, pero con un protagonista italiano, llamado Giorgio. Sin poder comentar, con nadie, lo que me había pasado en aquella casa de Brescia, entré en un estado de apatía total. Todo el mundo lo achacó al trauma vivido pero lo que a mí me carcomía por dentro era no poder explicar mi aventura con George, ese George. *Ese.*

También me pasaba que lo echaba de menos. A él, porque me había enamorado y ...a las dos noches...

Pasados unos meses de recuperación de casas, cosas y personas, me instalé en la casa de la playa. Necesitaba pensar... Pasaba los días, leyendo, paseando y viendo películas. También empecé a recibir las visitas del abogado amigo con el que había intimado antes de la *Big Trench*. Las cosas parecían estar más calmadas y, lentamente, fui retomando mi vida.

En las revistas que ojeaba en la peluquería, aparecían noticias de George. El nuevo orden mundial después de la zanja, no había acabado con los dólares ni con *el Star-System*.

Es verdad, todo hay que decirlo, que George se esforzaba por ayudar en todo lo que podía y participaba en un sinfín de actos solidarios, pero...también publicaban fotos de novias, idilios y fiestas...

No tenía ningún motivo para sentirme celosa, pero ver aquellas instantáneas de George, ese George, con mujeres de bandera, en saraos lujosos y divertidos, me fastidiaba...Un poco. No, me jodía bastante. De vez en cuando, recibía *un e-mail* suyo, pero, en los últimos, ya percibía el tono de “*compromiso-quedá-bien*”. No podía reprocharle nada: además de haber pagado por mantener mi boca bien cerrada, lo otro... Sólo habían sido dos noches...Pero, ¿Y las dos semanas de vida en común?... ¿Eh?

Pasó el tiempo y con él, mis sentimientos se diluyeron. Sólo me acordaba del bueno de George, cuando controlaba los movimientos de mi cuenta bancaria que, gracias a él, no necesitaba de demasiado control. Lo del abogado fue prosperando y, cuando hacía casi un año del incidente, reabré mi pequeño negocio *on line*.

El mundo había cambiado y, también, mi idea de empresa. Dejé de buscar *delicatessen* en Italia (había muchas zonas afectadas y era muy difícil mantener relaciones estables con los proveedores) y me dediqué a vender productos de artesanos locales que luchaban por sobrevivir tras el desastre.

Un año después...

En el primer aniversario de la catástrofe se sucedieron multitud de actos conmemorativos. Los seres humanos no habíamos perdido nuestra costumbre de celebrar esos “días X” trascendentales y en todos los lugares de este mundo abierto por la *Big Trench*, se habían programado actividades destinadas, sobre todo, a recaudar fondos para los que aún seguían en condiciones precarias.

El día en cuestión, opté por esconderme. Me hice invisible. No encendí la televisión, ni me conecté a Internet. No accedí al *Mac* ni al *iPad*. No quise escuchar ningún comentario. No atendí al teléfono...

Mientras yo me convertía en caracol, George se desplazó a la zona de Brescia en la que había estado esperando el rescate...conmigo. Lo supe una semana después, de nuevo, en la peluquería.

Se me cayó la revista al suelo, cuando llegué a la página en la que George se había fotografiado, sonriente, con los propietarios de la vieja casa. La foto, como no podía ser de otra forma, era de la cocina. Leí que el actor había hecho una donación para ayudar a restaurar la casa y restituir la economía del pueblo. Me alegró ver unas motas de hierba, donde antes sólo había dunas de aquella cosa anaranjada.

La imagen me devolvió a aquellos días con una fuerza inusual. Sin darme cuenta, cambió mi actitud con el abogado-amante y volví a sentirme atraída por George, ese George...Un amor imposible.

Valoré enviarle un email, comentándole que había visto el reportaje en una revista, pero, al final, opté por seguir en un discreto e inactivo plano.

El tiempo había puesto las cosas en su sitio y no había espacio para una *tontería-de-nada* entre una mujer como yo y George, ese George.

No me estaba auto compadeciendo. Simplemente, aceptaba la realidad. Aunque, algo, allí en el fondo, casi ahogado, casi un susurro, me preguntaba: *¿Y es posible que George no sintiera esa conexión, esa sensación especial?*

La experiencia había sido muy, muy, intensa...

Un año después, por eso, los sentimientos se habían minimizado y ya actuaba como si nunca hubiera ocurrido.

Estaba tan convencida de eso que cuando llamaron a la puerta y, por el interfono, una voz grave me susurró: “*Soy George*”, no me lo creí. Tuvo que insistir hasta que mi cerebro captó que nadie sabía de lo mío con *George*. Así que sí, era George.

Temblando y con unas ganas terribles de ir al lavabo a hacer pis (siempre que me pongo nerviosa me pasa lo mismo), abrí la puerta de mi casa. Allí, en el porche que da a la playa, estaba *George*, ese *George*.

Guapísimo y con esa sonrisa deslumbrante que me había robado el corazón desde que se la vi en aquella serie de médicos, el hombre más deseado del planeta me miraba a los ojos, mientras me saludaba con cierta timidez.

Yo que nunca puedo dejar de hablar, me quedé muda de la impresión. Mientras mi cerebro parecía desconectarse, mi cuerpo reaccionaba a esa visión, estimulando todos sus puntos sensibles.

Le pregunté algo, tartamudeando y con una voz de flauta que no reconocí como mía. *¿Cómo tú por aquí?*, creo que fue. Ya me dirás que pregunta más tonta, pero... mi mente seguía sin poder coordinar bien todos los *inputs*.

Visto en retrospectiva, no fue mala cosa. Si me hubiese percatado de mi aspecto, en un instante tan definitivo como ese, seguro que me hubiese venido abajo. *¿Qué hacía yo, delante de la puerta, con un pantalón de punto, muy ancho (excesivamente ancho), de color verde esmeralda, una camiseta de tirantes, llena de agujeritos de tanto, tanto, lavarla en la que se leía “Por debajo estoy más buena” (regalo de una amiga perversa), descalza, con el pelo disparado en todas las direcciones y cara de acabarse de levantar de una siesta?*

Él respondió a mi pregunta torpe, tendiéndome un paquete, envuelto en papel de seda violeta, con un gran lazo plateado. Me dijo que venía de una ruta por Italia y que había estado en *nuestra* casa (juro que dijo “nuestra”). Que estaba cerca y que había pensado en visitarme.

Seguía incapacitada para reaccionar y no lo invité a pasar. Desenvolví el paquete en el porche, de esa forma nerviosa, en la que rasgas el papel de forma caótica y abrí la caja. Allí, doblada y envuelta en otro papel de seda, esta vez blanco, estaba la camisola de lino, de mil botones nacarados ...La misma que llevaba la noche que... Lo miré.

Entonces, me soltó un discurso en un inglés veloz que me dejó anonadada. Le pedí que me repitiera algunos fragmentos que se me habían escapado, pero, resumiendo, George me decía que no podía dejar de pensar en mí. Me recordaba, cada día, en una frase, en una canción, en un plato de pasta...No podía olvidar las dos noches. Ni las partidas de póker. Ni las risas...

¿No había nadie que pudiera pellizarme o darme una torta? ¿Estaba soñando? ¿Estaba pasando eso de verdad?

Os puedo asegurar que sí. Pasó de verdad. Una vez decodifiqué el mensaje, sólo se me ocurrió hacer una cosa. Llamadme “valiente” pero *George*, ese *George* había venido a buscarme un año después, y se me había declarado. Ya no era “la última mujer de la tierra”. Me había convertido en “la” mujer...

Le tomé la mano y lo arrastré al interior de mi casa. Le invité a sentarse en el mullido sofá de mi salón con vistas al mar, y le ofrecí algo para beber.

Me dijo que no.

Se volvió a levantar: *¿Y tú qué piensas?*

Ya sé que el nivel de la conversación no era muy alto, pero, en este caso, debo decir que las emociones empezaban a aflorar y parecían más importantes que las palabras.

Me situé de pie, frente a él y me desnudé, sacándome las gastadas prendas con movimientos un tanto atropellados. Tomé la camisola y me la intenté poner, pero George detuvo mi mano y no me dejó cubrirme. Me abrazó, apretándome con fuerza y acariciando mi espalda desnuda. Di gracias por la maravillosa mascarilla de madreselva que me había puesto en el pelo porque, George, apoyó su rostro en mi cabello y me brindó un gesto, ya familiar, inhalando mi aroma mientras seguía con sus caricias.

La camisola estuvo mucho tiempo, en el suelo, en un rincón del salón. Me la puse, al día siguiente, ya arrugada...

Lo mío con George, es una realidad desde entonces.

George, ese George es...mío.

Nunca pensé que una grieta, que partió la tierra en dos, siguiendo el trazo del Meridiano de Greenwich , fuera a aportar algo bueno en mi vida pero... ahí lo tenéis.

La realidad, siempre, siempre supera la ficción.

The End

Por Pía

Septiembre del 2012

PARTE II

Pía abrió la puerta de su casa con una sonrisa. Eran más de las dos de la madrugada, pero, había valido la pena salir a cenar y a tomar una copa con *las chicas*. Mariona estaba especialmente ocurrente y la había hecho reír muchísimo.

Ya llevaba mucho tiempo viviendo la vida sola, tras su último desastre romántico y aquellas noches de amistad, aliviaban un poco esa extraña sensación de vacío que la asaltaba, de vez en cuando y sin previo aviso.

Ese no era uno de esos días... Se sentía feliz. Hasta optimista.

Recogió del suelo una notificación de correos que le habían dejado por debajo de la puerta. Era un aviso de recogida de un certificado que provenía de *LA /The United States*. Aunque le picaba la curiosidad saber que le podían enviar a ella desde Hollywood, tenía la sospecha que sería algún tipo de estafa. No conocía a nadie allí...

Abrió su Mac y leyó los emails. Tras comprobar que no había nada urgente, entró en la web de *Bubok* para comprobar las estadísticas de descargas de la novelita que había colgado hacía tres meses. Era un momento placentero, de gran satisfacción personal. Durante el primes mes, se habían contabilizado 300.000 descargas llegando al 1.000.000 en la actualidad.

¡Brutal!

No daba crédito.

A Pía le gustaba escribir. Tenía un blog y una extraña afición a fabricar lo que ella llamaba “novelitas” que, normalmente, incluía en la plataforma de descargas de forma gratuita.

Pía no era escritora, era psicometrista. Trabajaba en un centro de investigación y se pasaba, horas y horas, analizando datos. Debía ser precisa y estar muy concentrada... Cuando llegaba a casa, se dedicaba escribir en su blog o en una historia que la tuviera atrapada, para conseguir desprenderse de la rigidez de su trabajo. Era más que un hobby, era su terapia particular...

Ese 1.000.000 de descargas la tenía subyugada. ¿Tanta gente había leído ya, “**Lo mío con George**”? Parecía que sí. A diario, recibía comentarios en su blog y mails de lectores que la felicitaban por la obra. Alguna publicación digital y medios radiofónicos se había hecho eco de la noticia. Para alucinar.

Pía no esperaba nada material de aquella aventura. Tampoco es que hubiese editoriales, haciendo cola en la puerta de su casa... Suponía que al estar disponible de forma gratuita había perdido su valor comercial.

Le habían contactado varios interesados en Co-edición pero nada más. En cambio, le aportaba muchísimo a nivel espiritual. Satisfacción, admiración, euforia y... ganas. Unas ganas irrefrenables de volver a escribir. De escribir otra cosa. ¡De que la leyeron!... ¡Wow! Era una sensación vertiginosa, pero, también, fabulosa.

Justamente, en la cena de esa noche, habían recordado como surgió la historia. La novela, había sido un regalo para Mariona, su mejor amiga. Habían ido a ver la última película de *Súper George* y Mariona había salido del cine, suspirando por aquel hombre... Estaba felizmente casada, pero se manifestaba dispuesta a dejarlo todo, si ese *George* se lo pedía. Aunque, siempre, incluía la apostilla: que *eso sólo pasaría si ella fuera la única mujer del planeta...*

Pía era más de Brad. Le gustaban rubios y de aspecto *como surfero* y justamente, George, era todo lo contrario, pero nadie podía negar que no fuera material de primera calidad.

Al salir del cine, Mariona dejó caer su frase: " *Me encantaría ser la última mujer de la tierra y quedarme, sola, con George*". Y esa frase activó a Pía. Lo más seguro es que se viera sometida a algún tipo de inducción por repetición, pero algo le hizo "clic" y decidió escribir una pequeña historia para Mariona, con motivo de su cumpleaños. Su amiga leía todo lo que Pía escribía y era su fan número uno. Sabía que le gustaría.

El relato partía de varias premisas:

1) La única posibilidad de que la protagonista contactara con George, era quedándose aislada con el actor, como “única mujer del planeta”. Mariona lo había dejado claro en innumerables ocasiones. ¿Cómo? La única forma de conseguir coherencia en la trama era provocar una catástrofe natural que posibilitara esa situación.

Llegada a esta conclusión, tenía que encontrar “la catástrofe”

2) La Tierra se partía en dos. Esta opción había gustado a Pía. Era espectacular. Pura ciencia ficción, con un toque *Stephen King* (así no había que explicar las cosas científicamente).

El desastre de gran magnitud tenía como único objetivo aislar a George.

3) Una vez “acorralado”, el pobre hombre iba a descubrir los maravillosa que era una mujer como Mariona. Se tenía que enamorar de ella. Se tenía que volver loco por ella. Un reto.

Este era el eje básico, pero, además, Pía debía añadir los componentes que hacían que el relato enganchara definitivamente a Mariona. Su amiga era una gran consumidora de literatura romántica y le había explicado mil veces, que lo que más le gustaba de las novelas que leía era la llamada “tensión sexual”.

Si los protagonistas resolvían de inicio, Mariona perdía interés. Debía haber un *tira y afloja*.

Tampoco le gustaban demasiado las novelas muy explícitas en cuanto a sexo y había acabado por indigestarse tras intentar acabar una famosa trilogía de alto voltaje. Tanto pezón, lametón, penetración, pene, polla y jaleo, la había sobresaturado. Pero, algo, había que darle. Mariona quería pasión, aunque *sin pelos y señales*... Para ello, debía introducir estos episodios pasionales, de una forma sutil.

Más *chic*, menos real.

Tampoco había que obviar el “final feliz”. La cosa tenía que acabar bien. Pero “bien, bien”. Además, siguiendo la filosofía de Mariona de “crear clímax” la protagonista debía sufrir y/o decepcionarse, creer que no había posibilidad de triunfo para, así, acabar con un gran final, de esos de fuegos artificiales y ponerse morado a perdices.

Un esquema básico de novela de Corín Tellado, pero un poco más moderna y con un toque de acción (no todo iba a ser amor).

La primera fase de búsqueda de información (es lo que los escritores profesionales llaman *documentarse*) enganchó a Pía al proyecto.

Su objeto de investigación era saber si era posible que la tierra se partiera en dos por el choque de un meteorito o asteroide y lo que encontró en Google, la tuvo entretenida.

Además de confirmar que es del todo imposible que la tierra se raje, descubrió las “suposiciones” de los que decían: “*No pasará pero si pasara lo del meteorito...*”: Magma del núcleo, rebosando e hirviendo. La corteza terrestre se elevaría 10 km. Se sumergirían islas. No habría lunas ni mareas (se perdería la atracción gravitatoria de la luna), el agua de los océanos se evaporaría y desaparecerían a profundidades de 4000 metros, el polvo ocultaría la luz del sol, se generarían olas de centenares de metros de altura y habría mares en ebullición...

Era del todo imposible ligar tantos aspectos científicos así que Pía se decidió por un tono más Stephen King para no explicar que era el polvo naranja fosforito que formaba dunas...

Una vez provocada la Catástrofe, sólo quedaba encerrar a George y Mariona y dejar que la cosa...evolucionara.

Necesitaba introducir escenas de sexo pero, conociendo el carácter de su amiga, no podía hacer de la protagonista, una depredadora sexual (por eso de ser la única mujer del planeta) ni, tampoco, una mojigata.

Además, Mariona siempre se quejaba de detalles “técnicos”: *¿Cómo es posible un polvo salvaje y espontáneo sin preservativo?* Inconcebible: ante todo prevención, salud y pedagogía encubierta.

Así que Pía debía plantear una escena fogosa en la que se introdujera el preservativo, con la elegancia suficiente para no romper el tono. Finalmente, como iba a dejar a la protagonista en el “tira y afloja”, decidió utilizar los condones para elevar la tensión sexual que tanto gustaba a Mariona. George, el protagonista sólo tendría dos...No obstante, el tema no acababa de convencerla.

Cuando Pía terminó “Lo mío con George”, faltaban dos días para el cumpleaños de su amiga. No tuvo tiempo de pulirlo demasiado. Incluyó una dedicatoria y lo imprimió y lo encuadernó en formato libro vía *Bubok*.

Al día siguiente de habérselo regalado, Mariona la llamó: estaba encantada con la historia. Insistió en hacer copias y distribuirlo entre las amigas. De esa iniciativa, surgió la idea de que la novelilla, se convirtiera en *personalizable*. A Mariona le volvía loca George, pero ... A Pía, Brad. A Cristina, Johnny. A Lucía, Hugh. A Patricia, Richard...

A Pía se le ocurrió ofrecer la posibilidad de personalizar la novela, con el nombre del actor /cantante/ ídolo que se quisiera aislar en esa casa italiana. Colgó en su blog, el documento en Word, incluyendo las instrucciones de cómo sustituir el nombre de George, por cualquier otro. Se empezaron a crear: “*Lo mío con Brad*”, “*Lo mío con Hugh*”, “*Lo mío con Bertín*”

Además, se podía sustituir “Mariona”, por el nombre propio. Total, una historia que se trasladaba al lector, con nombre incluido.

La idea fue un éxito y la novelita empezó a descargarse desde el blog y desde la plataforma digital. La primera semana, igualó en número de descargas lo que las otras dos novelas que ya había escrito Pía y que llevaban colgadas un año y medio. Al mes, Pía estaba desbordada. Y feliz.

¡Era un exitazo!

En la cena de aquella noche, Mariona le había explicado como su jefa le había hablado y alabado la obra, presumiendo de descubrimiento. Y como ella había disfrutado explicándole que conocía a la autora y que la Mariona de la novela, era ella misma.

Pía oyó el sonido del Mac que le indicaba que había entrado un correo nuevo y lo abrió.

“Raughson & Soon. Lawyers”

Dear Mrs. Pía (Pía2012):

Pursuant to my rights under federal debt collection laws, I am requesting that you cease and desist communication about George XXXX-. You are hereby notified that if you do not comply with this request, I will immediately file a complaint with the Federal Trade Commission and the Attorney General's office.

Civil and criminal claims will be pursued.

Sincerely,

Bob Raughson Jr.

Pía releyó el mail. ¿Era posible que fuera un mail del abogado de George?

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. La imagen del aviso de correos, atravesó su cerebro como un rayo.

¡Ayayay!

Tecleó “Raughson & Soon” en Google y se encontró en la web de una importante firma legal americana.

El escalofrío, aumentó.

En la sección de notas de prensa, descubrió varios artículos en los que el tal *Bob Raughson*, posaba con *George*. De verdad. Era de verdad...

No se pudo contener y preocupada, llamó a Mariona. Su marido, J, era un reputado abogado, aunque especializado en temas mercantiles.

Lo intempestivo de la hora, alarmó a sus amigos, pero, finalmente, J. con sus conocimientos legales, la alivió un poco. “*No te preocupes. No va de horas. Mañana me lo miro y les contestamos.*” Antes de irse a la cama, Pía le reenvió el email de “Raughson & Soon”

Pasó la noche muy inquieta y apenas pudo dormir. Al día siguiente, en el trabajo, se le hizo casi imposible operar con el nuevo programa informático que les habían implantado hacía unas semanas...Finalmente, recibió un correo de J.

Pía,

Vamos a contestar a esta gente. Es una demanda por uso indebido de la imagen del actor este, George. Mariona me ha explicado lo de la novelita. La estamos leyendo para ver si has incurrido en delito. Necesito que me contestes a dos cosas: 1) ¿Cuántas descargas has tenido?, 2) ¿Recibes algún rédito económico por descarga y/o por su publicación?

No te preocupes. Estamos en ello.

Abrazos.

J.

Al salir de trabajo, se fue a la oficina de correos y recibió la demanda en papel. Por la tarde, J. la llamó para comentar la situación. En principio y exceptuando la frase de la cafetera y las cápsulas, que era la que lo hacía más reconocible, no había ninguna referencia explícita a *George*.

El hecho de poder personalizar la novela con cualquier nombre propio, también era una ventaja para Pía, ya que desactivaba la identidad del protagonista. Finalmente, el hecho de no existir lucro económico, facilitaba el argumento de “dejar correr la cosa”. Eso sí, redactado en inglés, daba miedo...

Se envió por *burofax* y quedaron a la espera de las noticias del *Son de los Raughson*.

Siguiendo las instrucciones de J., la sacó de Bubok y de su blog.

¡La que se había liado por la novelita tonta!

La siguiente comunicación de los abogados de Hollywood, solicitaba (más que pedir, exigía) una copia de “**Lo mío con George**”, traducida al inglés. Pía contrató un servicio de traductores profesionales, dispuesta a hacer todo lo posible por parar aquella locura.

Transcurrió un mes sin noticias. Y, después otro.

Pía recuperó la calma.

El incidente legal de “Lo mío con George”, parecía haberse olvidado ... hasta que recibió aquella extraña llamada.

¿Comprar su novela? ¿Para guionizarla? ¿Película protagonizada por Julia & George? ¿Quéeeee?

El Bufete de abogados del actor, realizaba un servicio de monitorización de todas las noticias, artículos, post, fotos, dibujos y material gráfico en general que citara a su cliente, George. En uno de los informes, se habían topado con la novela “Lo mío con George”. Consideraron que se hacía un uso no pactado de la imagen de su cliente y contactaron con Pía. Tras la respuesta de J., se había desestimado emprender acciones legales contra Pía, pero al ser informado el actor, este quiso leer la novela.

Le gustó y valoró la posibilidad de llevarla a la gran pantalla a través de una pequeña productora que había creado junto con unos amigos. *¿Esto está pasando?* Fue la frase que más se repitió en la mente de Pía...

Pía asistió a las reuniones con la productora con una permanente cara de asombro y tras varios días de negociaciones (Pía lo había dejado todo en manos de J.) en los que seguía sin dar crédito, llegaron a un acuerdo.

Se añadió una última cláusula adicional al contrato: el director del film, quería la colaboración de la autora para que la adaptación fuera fiel al tono original. Para ello, Pía debía trasladarse tres meses a Los Ángeles, a trabajar con el equipo de guionización.

Pía no se lo creía. Mariona, tampoco...

Le concedieron un permiso especial en el trabajo y, Pía, cruzó el charco. Era una experiencia irrenunciable.

A la segunda semana de su estancia en California, llamó a Mariona en estado de euforia: *¡Había conocido a George!* El actor se había involucrado personalmente en el proyecto. Era socio de la productora y se había presentado en las reuniones con otro de ellos...Su amigo, *¡Brad!*

Pía vivió uno de los días más extraños de su vida, hablando de su novela con *Brad, ese Brad.*

Y sin ser fan de George, el caso es que le había impactado la belleza y la personalidad de aquel hombre...aunque siempre preferiría a Brad...

George se convirtió en una figura constante en la vida de Pía durante aquellos meses. Participó de forma activa en la adaptación, decidido a aprovechar la experiencia de la autora. La acribillaba a preguntas, sobre cómo se le había ocurrido aquella idea, o una escena concreta. Y, sin saber cómo, Pía se encontró hechizada por aquel actor, estrella mundial, que se reía de sus ocurrencias y le pedía que pusiera música de Estopa en los momentos de descanso.

Al final de los tres meses, la vida de Pía había cambiado radicalmente. Varias editoriales se habían interesado por su obra, incluso proponiéndole varias por encargo. Además, había alguna propuesta para hacer una serie de otra de sus novelitas...

El permiso laboral se convirtió en una excedencia por un año y Pía inició su trayectoria en el mundo editorial. Seguía en contacto con George, que había querido alargar el período de colaboración y seguía preparando el proyecto **“Lo mío con George”**.

Viajaba a Los Ángeles cuando era necesario y siempre se encontraba con el actor, que adaptaba su agenda para estar en la ciudad cuando Pía la visitaba.

Compartieron muchas cenas y confesiones. Risas. Secretos. Siestas. Se hicieron amigos... y en una de esas noches solitarias en el hotel a las que Pía le costaba dormir, percibió que se sentía intensamente atraída por George. ¿No era paradójico? Sus pensamientos discurrían por las mismas sendas que los de la protagonista de la novela: *¿Qué posibilidades tenía una mujer como ella? Cero*, pensaba cuando recordaba la cena en la que había conocido a la última novia de George...

Pero Pía no tenía demasiado tiempo para pensar en ese amor imposible. Estaba fascinada, viviendo la creación de aquella película. Le maravillaba la calidad de los efectos especiales para simular *The Big Trench*. La película parecía tener todos los ingredientes para el éxito: acción, efectos, amor, romance, *Julia & George*...

En su último encuentro, le había prometido que, en su visita a España para asistir a un Festival de Cine, iba a ir a verla. Se despidió de Pía de una forma más cálida de lo habitual y le dijo, en el último momento, que había roto con su pareja...

Durante su estancia en España, George se instaló en el pequeño piso de Pía y asistió a una cena con Mariona y J.

A su amiga, casi le da un infarto el día que sucedió. No cenó. No habló. Entró en un estado de catarsis admirativa, mientras J. se proclamaba el mejor amigo de George en España.

En esos días, Pía detectó algo en George. Se acercaba más a ella y la trataba con una nueva intimidad. Cuando se despidieron, le dio un beso en los labios que la dejó commocionada durante varias horas.

Pía se pasó mucho tiempo pensando qué había sido *eso*. ¿Un simple beso de despedida?

Mariona, no tenía dudas. *Que si miraba a Pía de forma especial durante la cena, que si era muy cercano, que si casi parecían una pareja...* Estaba segura que el actor sentía un interés especial por Pía.

Pero, pasaron los meses y no hubo más contactos que los mails y llamadas telefónicas. La película casi estaba acabada.

El siguiente encuentro se produciría en el día del pre-estreno de la peli... pero ocurrió antes... Pía llegó a LA con unos días de antelación. Una productora independiente, estaba interesada en llevar a la pantalla un corto basado en un relato suyo y aprovechó el viaje, para conocer el proyecto personalmente. Avisó al equipo de **Lo mío con George** que ya estaba en la ciudad y se dispuso a disfrutar de unos días de turismo.

George la llamó para invitarla a cenar, pero Pía tuvo que declinar la invitación y aplazarla para más adelante.

Un grupo de artistas españoles, afincados en Los Ángeles, habían solicitado su presencia en un ciclo de mesas redondas. Personalmente, no tenía muchas ganas de participar en el evento, pero la petición del Director, un antiguo amigo con el que había tenido más que amistad, acabó por convencerla.

Participó en el debate en un bar bohemio de la ciudad, y volvió al hotel de madrugada.

Al llegar a la puerta de la habitación, vio una caja de seda lila con un gran lazo de color plata, depositada en el suelo.

El corazón de Pía, empezó a latir violentamente. Miró a ambos lados del pasillo, cogió el paquete y entró en la suite. *¿Seda lila, con un lazo plata?*

Dentro de la caja, había una camisola de lino blanco, surcada de arriba abajo por decenas de botones de nácar. En el fondo de la caja, un móvil y una nota: “*Di que sí*”.

Pía exclamó : *¡Madre del amor hermoso!* Y pensó en lo que estaba a punto de hacer. Lo tenía claro. Pidió perdón mental a Mariona, marcó el número de teléfono y, nerviosa, dijo *Sí*.

Se desnudó y se colocó aquella preciosa camisola blanca...

A los pocos minutos, oyó unos golpes en la puerta y se encontró con George y su preciosa sonrisa. Avanzó unos pasos y abrazó a Pía.

- *¿Tú también lo habías notado?* -le preguntó con un susurro.

Cerró la puerta con el pie, mientras la acorralaba contra la pared y la sumergía en un beso profundo que parecía no tener fin... (*)

Pía nunca pensó que una novelita de una grieta, que partió la tierra en dos, siguiendo el trazo del Meridiano de Greenwich, fuera a cambiar su vida, pero... La realidad, siempre, siempre supera la ficción.

(*)NB : Aquí sí que procedería un párrafo a lo Grey para terminar, pero, mejor, dejarlo a la libre interpretación de la imaginación...Suele ser prodigiosa.

Por cierto, la película fue un éxito de taquilla y Pía se trasladó a Los Ángeles y fue *a lo suyo, con George, ese George*. Y ahí siguen...

Actualmente es guionista y prepara una nueva novela para la primavera del próximo año.

Fin

Bypils

L'Empordà, Septiembre de 2012

Otra de esas cosas que escribo, tocada por La Tramontana.